



Año VI

Madrid 1.º de Febrero de 1883

Núm. 103

## SUMARIO

I. La educación: Cartas á una niña.—II. ¡Una lágrima!—  
III. El expósito.—IV. La abeja y la araña.—V. Nuestro  
grabado.—VI. Voló.—VII. ¡Ay, pobre lira!—VIII. ¡Po-  
bre Blanca!—IX. Cuentos de Hadas.—X. Los tres guar-  
dapeños.

## LA EDUCACIÓN

### CARTAS Á UNA NIÑA

#### III

#### LA LECTURA DE NOVELAS

**A**NTES de empezar á desarrollar el contenido de la presente epístola, quiero llamar tu atención sobre un hecho que se relaciona estrechamente con el asunto de mi anterior carta, que, como recordarás, versaba sobre el lujo.

Hace muy pocos días que leí en un periódico de la corte lo siguiente:

«Dice el *Diario de Ferrol* que varias seño-

ras principales de aquella población se han puesto de acuerdo para vestir en adelante con trajes menos ricos que los que exigen hoy día las exageraciones de la moda, rindiendo de este modo culto á la modestia y evitando los ruinosos dispendios del lujo.»

Esto te prueba, mi querida Amparo, que las humildes reflexiones que yo te hacía con respecto al desarrollo creciente del lujo en nuestros días, son aplicables á la vida real, y que la mayoría de las personas sensatas piensan como yo, cuando de apreciar este fenómeno social se trata.

Reciban, pues, las referidas damas mi más cordial enhorabuena por tan noble y racional acuerdo, y sigan su ejemplo otras muchas *señoras principales* que no quieren convencerse de los efectos desastrosos que suelen acompañar al necio empeño de seguir en un todo las exageraciones de la moda.

Y, cerrando ya el paréntesis con que he dado comienzo á mi sencillo trabajo de hoy, pasemos á hacer algunas consideraciones

sobre el hecho—demasiado generalizado entre las niñas—que motiva estas líneas, cuyo sólo anuncio ha de excitar en gran manera el interés de mis amabilísimas lectoras.

*La lectura de novelas*, en efecto, es el primer ejercicio que lleváis á la vida del espíritu desde los tiernos años de la niñez y de la adolescencia; es el sabroso nectar con que amamantais vuestros labios cuando ya no os hace falta la leche de la nodriza ó el pecho de vuestra madre.

Y no es que trate yo de rebajar la importancia social que justamente alcanza la novela; lejos de eso, la considero como uno de los géneros poéticos que mayor influencia ejercen en las costumbres y más honda y más imperecedera señal imprimen en el corazón humano.

Ora trate, como la novela *psicológica*, de exponer el fondo alegre ó sombrío de nuestra alma, los afectos más íntimos del humano espíritu ó la protesta viva y ardiente que en los momentos de mortal angustia eleva el hombre hasta el cielo en reconoci-



miento de un Dios grande, clemente y misericordioso; ora, como la novela *histórica*, tenga un fin predominantemente objetivo, narrando la serie de hechos que se verifican en el mundo externo y presentando los caracteres en su aspecto exterior; ya sea que se ocupe en retratar los principales rasgos de la vida privada, las costumbres y modo de ser de cada localidad, como acaece con la novela de *costumbres*; ya tenga por objeto entretener el ocio del lector refiriéndole hazañas inverosímiles y terroríficos sucesos, como hacen los trasnochados autores de novelas de *aventuras* ó de *intriga y enredo*, ó ya, por último, se proponga presentar el cuadro completo de la vida humana en todas sus manifestaciones, los más graves problemas de las ciencias morales y los que atañen á la marcha progresiva de la sociedad en una época determinada, como acontece con la novela *filosófico-social*, que desarrolla su acción mediante tipos ó caracteres que son genuina representación de lo que en la humanidad hay de eterno é inmutable, reviste la novela, singularmente en nuestros tiempos, tan excepcional importancia, que ha sido llamada, con razón, por los modernos políticos y legisladores el *quinto Poder del Estado*.

Con efecto, la novela posee un ancho campo en qué agitarse y desenvolverse, penetrando hasta lo más recóndito y sagrado de la vida: ella plantea y resuelve, en la amplitud de su esfera de acción, los más intrincados problemas filosóficos, la naturaleza humana, la misma naturaleza divina y nuestro destino de ultra-tumba, aunque sea de un modo indirecto; ella se ocupa — indirectamente también — en estudiar y presentarnos de una manera sintética la naturaleza del bien y del mal y el grado de libertad que goza nuestro espíritu para obrar el uno ó el otro; ella se lanza atrevida en el terreno de la historia, é indaga la causa misteriosa de ciertos acontecimientos que se han fraguado bajo las majestuosas bóvedas de suntuosísimo Palacio, ó que deben su origen al odio eterno de raza ó al egoísmo estúpido y satánica ambición y desenfrenado orgullo de las naciones, de los partidos y de los pueblos, cuyos sucesos todos — dicen impiamente ciertos historiadores filósofos — obedecen á la mano secreta de la Divina Providencia; ella, en una palabra, con su lenguaje llano y prosáico, se adapta á todas las inteligencias y sabe amoldarse á cualquier género de asuntos, penetrando lo mismo en el grave recinto de las investigaciones teológicas, que en el inmenso campo de la Moral, en el terreno de la Historia como en las interioridades de la Filosofía, de la Política y de la Sociología, y participando, merced á la complejidad de su objeto y variedad de su forma (prosáica, sin embargo), ora de los arrebatos de la Lírica, ora de los sublimes acentos de la Épica, ó ya de la naturaleza compuesta de la Dramática....

Pero donde la novela ejerce con mayor

impetu su soberano imperio es en el embravecido mar de las pasiones, á cuyo insondable abismo he de conducirte, mi querida Amparo, para que tu sencilla fé y nobles sentimientos no se vean sorprendidos algún día por el aspecto seductor y misterioso atractivo de algo desconocido, pero irresistible; de cierto halagador impulso que conmueve las fibras del alma y acelera los latidos del corazón; de una nueva manera de ser, en suma, que caracteriza el período de la vida que tú empiezas á recorrer ahora, dulce, bello, vaporoso, aéreo, indescriptible é inefable.

Este es el momento crítico en que el artero milano acecha á la cándida paloma para beber su sangre y aspirar su dulcísimo aliento, el terrible instante en que la sociedad os brinda un punto con el resplandor de divinos fulgores que ciegan vuestros ojos, para hundiros de improviso en el centellante fuego de mundanales extravíos que secan la fuente del sentimiento, mientras en sus labios se dibuja mefistofélica sonrisa al ver cómo se despedaza en mil girones la gloriosa enseña de vuestra honra, sacrificada á sus feroces instintos.

Y es la misma sociedad en que has nacido y vives, mi cariñosa Amparo, la que trata de encenagar tu alma sumergiéndola en el proceloso mar de las humanas pasiones; ¡ella.... que debiera conducir á puerto firme y seguro la nave de tu orfandad y acompañarte en la oscura y resbaladiza pendiente de la vida!

¡Cuántas niñas, sin madre, han muerto moralmente á tu edad!

Pero veo que me alejo de mi propósito: en otra carta lo llevará seguramente á término, tu mejor amigo

A. Garbaco y Alvarez

## ¡UNA LÁGRIMA!

CUENTA la historia que allá en Italia, cuna del arte y oasis de la fantasía, en uno de los primeros años del siglo VII, desde las riberas de Venecia, cuando la luna se retrataba en las cristalinas ondas de un lago que el mar formó, oíase á media noche una especial melodía, cuyas notas dulces y vibrantes habían más de una vez despertado la atención del sencillo gondolero, que veía, al extinguirse las últimas notas de aquella sin igual armónica barcarola, un penacho de rojas llamas imitando al cráter de un volcán; cesaban luego las llamas, y entre cintas de varios colores, precedida de una atmósfera embalsamada por delicados perfumes, asomaba, medio oculta en su concha de nácar, una al parecer mujer, de azules y rasgados ojos, doradas trenzas, sonrosada tez, celestial sonrisa y unas formas de la más exquisita

perfección, veladas por un ancho y azulado tul, cual si el mismo lago de que salía la hubiese arropado con una de sus azules y brillantes capas.

Tanta belleza y atractivos tantos, habían causado, según la tradición, la muerte de varios distinguidos caballeros, que, arrastrados por la especial armonía que en las ondas resonaban y seducidos luego por la presencia de la encantadora aparición, habían desaparecido bajo los cristales del profundo lago.

Por eso el gondolero, como quien dá un aviso ó previene un peligro, cada vez que advertía en las orillas la presencia de un mancebo á la hora en que tenía lugar la aparición, cantaba intencionalmente:

«No te acerques á la ondina,  
y cuando la veas, vete,  
que tiene vista de fuego  
y es más fría que la muerte.»

Y la tradición corría, y el temor aumentaba, pues no pasaba noche sin que Venecia averiguase en vano el paradero de algún mancebo

¡Contrastes de la condición humana!

A pesar de la fé que al hecho se concedía, desafiando el peligro, ahogando los temores, aguijoneados por el deseo, cada noche acudían nuevos donceles á morir en la seducción de aquel ser misterioso con la forma de una mujer encantadora.

Llegó por fin el turno al signor de Sabianelly, gallardo joven de veinticuatro años, por quien más de una rica veneciana suspiraba en silencio con la esperanza de merecer un día el nombre de dama de sus pensamientos.

La luna descendía sobre el lago sus pálidos rayos; el marino podía ver en las estrellas que tachonaban un cielo azul, sereno y trasparente, la línea divisoria del día y la noche.

Era la hora en que la tradición se cumplía; resonaban lejos las melódicas notas precursoras de la fantástica aparición; el gondolero repetía en diferentes sitios su cántiga de alerta; pero Sabianelly no tenía oídos para otra cosa que aquella especial melodía, y fijo, reconcentrada en los ojos toda su existencia, esperaba impaciente el momento de poner fin á su curiosidad y correr, desafiando el peligro, en pos del bello fantasma.

El eco del cantar del nocturno gondolero se extinguía, y las llamas comenzaron á extenderse por la superficie del lago, y entre cintas y flores, reclinada en su concha de nácar, apareció por fin la de azulados ojos y sonrosada tez.

Como si el agua fuese espeso y macizo cristal capaz de ofrecer un paso seguro, internóse Sabianelly por el centro del agua, y el agua, como muralla de bronce, resistió las pisadas del caballero, y pronto sus calenturientas manos sintieron el efecto natural en la aprehensión de un trozo de hielo, restregándose una vez y otra los ojos, no



pudiendo creer que asía entre sus manos los torneados y sonrosados dedos de la misteriosa hija del agua.

— ¡Tiene razón el cantar; era verdad el peligro..... tienes la vista de fuego y eres fría, fría como el mármol!

Tal fué la primera exclamación del mancebo.

La concha osciló, y las melódicas notas cesaron.

— ¡Diosa ondina, ó mujer, continuaba Sabianelly, miéntas aumentaba su agitación. ¿Eres la muerte con la forma de la vida, ó la vida encerrada en el manto de la muerte? Me fascinan tus ojos, sonríes, creo que vas á hablarme, acerco el oído, y..... ¡nada! estás fría, fría como una estatua; pero, ¿me oyes, verdad? ¿No es cierto que me oyes? Pues bien; sabe que tus seductores encantos me hablan al alma, no me hablan á los sentidos; mata el cuerpo como hiciste con otros donceles, pero déjame el espíritu para adorarte y recrearme en la agonía de la materia; consérvame esta ilusión..... me canso inútilmente, no me oyes, no puedes oírme; mira mis ojos, ¿no los ves llenos de lágrimas? Este llanto es por ti, todo por ti; la fascinación de un momento..... ¡Ah! así, así; sonríe, mírame con amor, déjame acercarme más..... ¡Maldición! sigues fría, fría como las ondas en que vives; no te encuentro en el calor de la vida, pues bien, te buscaré en el frío de la muerte..... ¡Oh! ¡oh! ¡bendita seas! Hay una lágrima en tus ojos; lloras, tienes sentimiento, ten compasión de mí.

Cayó el mancebo de rodillas, y la ondina entónces movióse, dió un suspiro, se incorporó sobre su lecho de flores, y así dijo:

— Libre estoy del encantamiento: hablándome á los sentidos como los demás me hablaron, pensando sólo en los encantos materiales, hubieras pronto desaparecido entre las frías ondas del lago, maldiciendo mi memoria, insensible como el mármol, hubiera mi encantamiento continuado; pero me hablaste al alma, al verdadero amor, y una lágrima en mis ojos fué la señal del sentimiento; tornaba á la vida, que la mujer que de amor no llora, es lo que yó ántes era y lo que el gondolero repetía en sus cantares: «fuego para los sentidos, hielo para el sentimiento sublime.»

No cuenta la historia el fin de los amantes; la aparición no volvió á repetirse, y en los jardines del gran Dux de Venecia vióse por mucho tiempo una artística escultura, en el centro de una gran fuente, representando á los amantes que dormían en un lecho de flores, con la sonrisa en los labios y algunas lágrimas escapándose de sus entornados ojos: el llanto del alma, la alegría del amor.

Federico Lafuente

## EL EXPÓSITO

Así el dolor le taladre,  
Ved al expósito niño,  
Ignorar lo que es cariño,  
Sin tener el de su madre.

Tal vez pasará á su lado  
Sin advertirlo siquiera,  
Como un astro que luciera  
Tras el oscuro nublado.

Por la indiferencia fría  
En que vive, ni un momento  
Acertó con el acento  
Sublime de ¡Madre mía!

Ese vocablo querido  
Que hasta Jesús invocó,  
Él, jamás lo pronunció,  
Ó no le dió su sentido.

Si cualquiera que le vé  
Le preguntase apenado  
Por sus padres, asombrado  
Respondería: «No sé.

«Á esta casa no han venido,  
«No los ví ninguna vez.....»  
Y añade con candidez:  
«No debo haberlos tenido.»

No envidia al fin el hogar,  
Deudos, ni padres ajenos,  
Ni ¡cómo ha de echar de menos  
Lo que no pudo apreciar!

Llorando á este mundo vino,  
Como si ya presintiera  
El rigor y lucha fiera  
Que su estrella le previno.

Su estrella, sí; no ha empezado  
Á rayar el nuevo día  
Y nueva noche envolvía  
Al niño desconsolado.

Empezó su sollozar,  
No tuvo un eco sentido.....  
Y á fé, que el recién nacido  
Tenía por qué llorar.

Y al ver el llanto que mana,  
Su desconsuelo profundo,  
Dijérase que á este mundo  
Venía de mala gana.

¡Qué de lágrimas corrieron  
Las mejillas á escaldar,  
Del sentenciado á expiar  
Culpas que otros cometieron!

Por ocultar un desliz,  
Al mismo sér de su sér  
Abandona la mujer,  
Más culpable, que infeliz.

El verlos, causa quebrantos;  
Formados de dos en dos,  
Van unos de otros en pos,  
¡Pobrecillos!.... ¡y son tantos!....

¡Ah! por honrados temores  
Que primero despreciaron,  
Esas madres renegaron  
Del amor de los amores.

Hasta en la noche callada,  
Entre sueños, han de oír  
Una voz triste decir:  
«No debo á mis padres nada.

«Ellos sembraron de daños  
«La senda por donde voy;  
«Cuanto he sido, cuanto soy,  
«Se lo debo á los extraños.»

Vicio bárbaro, inaudito;  
Hay valor para faltar,  
Pero no para cargar  
Con el fruto del delito.

¿Por qué misterios fatales,  
Ó livianas, ó ligeras,  
Engendran algunas fieras  
Con forma de racionales?

Favor las hice, si tal;  
Peores que las fieras son,  
Pues éstas les dán lección  
De ternura maternal.

No hay estado que le cuadre;  
Siendo incapaz de querer,  
¡Infeliz! ¿qué puede ser  
La que no sabe ser madre?

Mas si los maternos lazos  
Con gran crueldad rompió,  
Al expósito acogió  
De la Caridad los brazos.

Sí; que en las cultas naciones  
Dó existen progresos ciertos,  
Tiende los brazos abiertos  
Á los tristes corazones.

No la demandan en vano,  
Pues en su socorro vuela,  
Y favorece, y consuela  
Al pobre, al niño, al anciano.

¡Inocente! en cierto modo  
Tu vida está compensada;  
Sobre el pasado, que es nada,  
Vendrá el porvenir, que es todo.

Si hoy en la niñez estás  
Falto de familia y nombre,  
Cuando llegues á ser hombre  
Quién sabe lo que serás.

Además, con eficacia,  
Un medio puede valerte;  
El estudio dá la suerte  
Al hijo de la desgracia.

Mas ¡ay! si tu desamparo  
Con tus pesadillas pueblas,  
Sin que rompa las tinieblas  
Ningun amoroso faro;

Si quiméricos los bienes  
Son en todas las edades,  
Y violentas tempestades  
Te arrastran en sus vaivenes,

Si en tanto que la ternura  
Tu pecho está rebosando,  
Gota á gota va agostando  
Tu corazón la amargura;

Si incesante te persigue  
Genio invisible y sañudo,  
Sin un protector escudo  
Que sus rigores mitigue;

Si doblasen con los años  
Los dolores, y te vieres  
Tan mísero de placeres  
Cuanto rico en desengaños;

Si también la madre tierra,  
Cual la primera, falaz,  
Á tus anhelos de paz  
Corresponde con la guerra;



Si en tu delirio creciente,  
Te tu lengua la explosión  
De réproba maldición  
A salir fuese..... ¡detente!

Domina tú frenesí;  
Sobre ser aquí cuitado,  
¿Vas á serlo en otro lado?  
¡Insensato! ¡vuelve en tí!

Rompe con serenidad  
Olas hinchadas de azares;  
Sólo á las almas vulgares  
Humilla la adversidad.

De la tempestad en pos  
Brotó el iris de bonanza;  
Aún te queda la esperanza;  
Aún tienes un padre: ¡Dios!

Victor Navarro

## LA ABEJA Y LA ARAÑA

**E**N un lugar de la Alcarria, cubierto durante el verano de rica y frondosa vegetación, acariciado por las suaves emanaciones de las flores silvestres, de los delgados pinos y del oloroso romero, vivía una murmuradora y zumbona reunión de inquietas abejas que, sin cesar, volaban de flor en flor buscando el misterioso jugo que les servía de material para fabricar sus dulces panales en la oscuridad del hogar doméstico, con el fin de ofrecer después tan exquisito manjar al orgulloso Rey de la Creación. El sol del medio día iluminaba aquel edificante espectáculo, que podría servir de ejemplar modelo al hombre que tan locamente alardea de sus poderosas facultades.

No mucho más allá, entre el miserable ropaje de un escueto pino, labraba pacientemente la repulsiva araña su frágil tela, que reproducía, al contacto de la luz, hermosos cambiantes y ondulaba graciosamente al soplo de las brisas, como se mueven las velas de ligera nave ó se agitan los pliegues de juguetona y multicolor bandera, pero que, por su débil consistencia, no podía llenar fin alguno útil ni humano, ni aún siquiera resistir el choque del más leve cuerpo.

Así trabajaban en el gran taller de la Creación estos dos seres, representantes de las especies más laboriosas que se cobijan bajo la capa del cielo, afanosos por concluir sus respectivas tareas para entregarse á nuevos trabajos con esa tenaz porfía que sólo puede interrumpir la muerte del individuo, cuando, fijándose súbitamente la araña, desde lo alto de su observatorio, en la obra de su rival, descubrió, bien á pesar suyo, la inferioridad de sus productos comparados con los de la industriosa abeja, y dijo:

«Quisiera saber, mi compañera amiga, cómo se explica el que, trabajando entram-

bas igualmente y aventajándote yó todavía en arte, produzco una tela fina, sí, y suave y admirablemente tejida, pero endeble é inútil para cualquier fin humano. Con ella no puede abrigarse el hombre ni ampararse ningún sér necesitado; ni aún siquiera sirve de ornato en los bosques, porque el viento la barre como á asquerosa mancha; ni pueden adornarse con ella las populosas ciudades, porque la encargada del aseo de la casa la mira como una deshonra que afecta á su buena reputación y fama. En cambio, la rica miel que tu produces es solicitada con afán por el hombre, que la estima sobre todas las cosas, y condimenta con ella sus manjares, y hasta aprovecha el vaso en que se la ofreces para iluminar sus espléndidos salones ó suntuosas iglesias. ¿Cuál es, pues, la razón de esta diferencia, para mí tan humillante?»

Entonces dijo la abeja:

«No es mío el mérito que atribuyes á mis productos, sinó de los materiales que empleo, y que la naturaleza, pródiga, me ofrece. Yo no saco la miel de mis entrañas; antes por el contrario, la libo en el pétalo de las flores que, para saciar mi apetito, reciben la luz del sol, los besos de la brisa, los arrullos de las aguas y el jugo nutritivo de la madre tierra. Si en vez de acudir á tomar mis materiales de tan preciosas plantas, acudiera á recoger el polvo ceniciento de la tierra, como tú haces, en lugar de la sabrosa miel produciría la haraposa *tela de araña*.»

Suspensa quedó la araña ante semejante inesperada respuesta; y, no sabiendo extraer de las flores el dulce y delicado néctar, se consoló pensando que no era tan grande el mérito de la abeja, cuando el feliz resultado de sus esfuerzos dependía, en parte, de la virtud de las plantas que la facilitaban las primeras materias.

Esta historieta nos enseña, mis queridos amabilísimos lectores, que los niños (que han de ser hombres con el tiempo) deben, durante su vida, ocuparse en algo útil para sí mismo y para sus semejantes, empleando en tan meritoria obra los recursos de su ingenio y los esfuerzos de su trabajo intelectual ó material. Tampoco estos preciados frutos son, en rigor, producto exclusivo de su invención é iniciativa: tienen antes que nutrir su alma con las doctrinas de los sábios varones que les han precedido; inspirarse en los buenos modelos y aprovecharse, para mejorarlos ó edificar sobre ellos, de todos los materiales que les hayan legado los antepasados, mirándolos como restos venerandos que es preciso conservar y como muestra indeleble de la perfectibilidad y progreso humanos. Nuestras producciones no son absolutamente originales: el hombre que más original aparece, no hace otra cosa que revestir de nueva forma un asunto ya tratado por otro; *nihil novum sub sole*. Podrá, sí, infiltrar en la obra el sello de esa virtud misteriosa que se llama *talento*, ó esa especie de actividad

creadora y excepcional que se denomina *genio*; pero aún su genio sería estéril si los que le han precedido no hubiesen elaborado los materiales que él necesita para sus más grandes creaciones.

Esto, no obstante, merecerá bien de la sociedad y cumplirá su destino como hombre, si ejercita su actividad en consonancia con algún fin altamente racional y patriótico, tan elevado y noble como su misma naturaleza. En cambio, los que se revuelven en el fango del vicio ó se hacen esclavos de sus pasiones, nunca pasarán de ser... *viles arañas*.

E. B. y S.

## NUESTRO GRABADO

**N**o hace muchos años que el señor D. Valentin Carderera dió comienzo á la publicación de una gran obra, titulada *Iconografía española* ó sea *Colección de retratos, trajes, monumentos, etcétera*, que diesen á conocer las más importantes figuras y memorables acontecimientos de nuestra Historia patria.

No hemos de ser nosotros los que, á deshora, hagamos una crítica de tan magistral publicación, que vino á llenar un vacío inmenso en lo que—aparte de su nomenclatura especial—bien pudiera llamarse *Crítica histórica*: la prensa de entonces otorgó el merecido premio al infatigable y desprendido autor de la *Iconografía española*.

Allí se ven, fidelísimamente representados, los personajes que más han influido en los destinos de España, con sus mismos trajes, y hasta dejando entrever la expresión de sus semblantes y el tono general de sus caracteres y pasiones: son retratos auténticos que no habían sido aún, por aquella época, reproducidos en su mayor parte.

Entre otros, se encuentran, cromolitografiados, los de Fernando I (antes Infante de Antequera); los de los Reyes Católicos y su primogénita Isabel: litografiados en negro, los de Felipe II y su esposa doña María de Portugal, doña Juana *la Loca*, don Luis Quijada, Hernán-Cortés, D. Juan de Austria, etc., etc. Es, en suma, la obra del Sr. Carderera una de las mejores que, en su género, han visto la luz pública en Europa.

Nuestro retrato es copia del publicado por él, que reprodujo su autor con todos los colores, en el apojado de su hermosura, con magnífico vestido, brocado de oro y el manto ó tabardo morado guarnecido de pedrería.

No puede darse mayor fuerza de expresión. Su actitud revela el profundo sentimiento religioso que animaba á la Reina, á la par que la gravedad de su carácter y la conciencia de su dignidad, por nadie





DOÑA ISABEL LA CATÓLICA (Copia de una tabla que existe en el Museo Nacional)



ultrajada ni desconocida. Contemplándola, no cuesta trabajo creer que ella fué un día la augusta Soberana de España que reunió tan altas dotes de gobierno y supo ser dechado perfecto de virtudes domésticas. Se adivina en ella á la esposa tierna y dulce, la madre amantísima, la Reina de sus vasallos, la heroína de Granada, el carácter, en suma, que apadrinó el pensamiento de Cristóbal Colón, tenido por loco entonces, como aconteció siempre con esos grandes genios que registra la Historia de la humanidad.

Escucha

## VOLÓ (1)

Adios el pajarillo, la jaula está vacía,  
Batiendo sus alitas al vuelo se lanzó:  
¡El, tan tímido y tierno como lo fuera un día!  
¡Á dónde, fugitivo, huyendo se marchó?

— «Escucha, la vecina me dijo presurosa,  
Hacia mí esta paloma hoy ha venido fiel.  
¡Dios la guarde á la pobre, tan nivea, tan hermosa!»  
Entonces, anhelante, acudí..... no era él.

Los pastores me han dicho: — «En este mismo  
(instante  
Daba el gavilan vueltas á nuestro derredor.»  
Yo no respondí nada; lloraba agonizante.  
¡Ser no pudo, imposible, quien sólo era candor!

Un anciano me dijo: «La golondrina oscura  
Buscaba en mi tejado el nido familiar.»  
¡Ay! pues si infiel olvida con frívola locura,  
Es imposible fuera quien no sabe olvidar.

El cazador me dijo: «En el espacio inmenso  
El águila gigante cerniéndose ¿no ves?»  
El pájaro que amo con amor tan intenso  
Era muy pequeñito, cazador, ese no es.

Mas un niño me dijo: «La alondra voladora  
Se remonta á las nubes lanzando el grito aquél:  
«¡Señor, heme á tus plantas; dichoso el que te  
(adora!  
» Al cielo, al cielo subo.» ¡Ah, escuchadle, es él!

Sedro Sanchez-Mavín

## ¡AY, POBRE LIRA!

Há tiempo enmudecieron los concientos  
De mi lira infeliz, y de sus notas  
Al perderse los ecos en los vientos,  
Vi entre el polvo rodar sus cuerdas rotas.

Yo lloré al contemplar sus mil pedazos,  
Que el violento huracán me arrebatara,  
Y, delirante, les tendí los brazos  
Para ver si del viento los salvaba.

¡Empeño vano! ¡loca fantasía!  
Para jamás volver desaparecieron,  
Y por siempre también el alma mía  
En profunda tristeza la sumieron.

(1) Traducción de Léandre Brocherie.

Rotas las cuerdas  
¡ay! de mi lira  
mi alma suspira  
ya sin cesar;  
triste, apenada,  
al dolor cede,  
y sólo puede  
suspiros dar.

¡Ay, pobre lira!  
vano es tu intento  
de dar al viento  
dulce canción;  
que en vez de acordes  
lentos de encantos,  
sólo tus cantos  
quejidos son.

María del Carmen Sol

## ¡POBRE BLANCA!

Á LOS INFANTILES LECTORES DE ESTA REVISTA

(CONTINUACION)

¡Sí, pero yo confío en que la señorita Blanca será mi protectora, porque....  
¿te acuerdas cuando el año pasado me caí del andamio, arreglando la Enramada precisamente? Pues si no es por ese bello ángel que Dios puso en mi camino, ¿qué hubiera sido de mi mujer y mis hijos, estando yo en el Hospital? Todo el mundo sabe en Jijona que ella los mantuvo y los vistió. ¡Qué buena es! No hay, nó, otra como ella en todos estos contornos.

Así se expresaba este rústico aldeano, mientras dos gruesas lágrimas surcaban sus mejillas y se iban á perder en su rota y descolorida faja de jijonenco.

En esto llegan á la casa solariega de los marqueses..... Al día siguiente ya era otra la suerte del pobre y honrado aldeano.

Blanca acogió á dos de sus hijas, quedándose en su casa para servir de doncella la una y la otra para el arreglo de las habitaciones.

La mujer del aldeano estaba loca de contento, y ponía en las nubes las bellísimas cualidades de la interesante Blanquita.

Escenas como esta se repetían todos los días; así es que sólo el nombre de la joven marquesa despertaba en aquellas sencillas gentes la más pura simpatía, hasta el punto de prorrumpir en espontáneos elogios y dirigir sus preces al Eterno en recompensa del favor que les había otorgado al concederles aquel ángel que velaba continuamente por su suerte.

Todos la amaban; todos la bendecían y respetaban, acercándose muchas veces á besar su bondadosa mano cuando ella salía de la iglesia.

Tal era el respeto que les inspiraba.

V

Pero Blanca sufría.

En medio de que se la podía considerar como la reina de aquella comarca, en me-

dio de verse tan querida y mimada de sus padres, lo mismo que de los criados y demás dependencia de la casa, Blanca seguía cada vez más triste y melancólica.

El recuerdo de su primo Alejandro no le abandonaba nunca: continuamente creía estar oyendo su armoniosa voz, viendo su arrogante figura y deleitándose en su mirada tranquila y dulce como sus pensamientos y deseos; creía escuchar á su lado frases tiernas y cariñosas; imaginábase un porvenir lleno de ilusiones celestiales al lado siempre de su querido Alejandro..... Mas ¡ay! que cuando volvía de su amoroso delirio, cuando se convencía que soñaba, y todos aquellos placeres ideales eran pura quimera de su agitada mente y se desvanecían como el humo; cuando, mirando á su alrededor, no veía más que un presente lleno de recuerdos que matan y sufrimientos sin fin, entonces, ¡oh! lloraba amargamente y pedía á Dios consuelo en esta vida ó el descanso eterno en la sepultura de sus antepasados.

Por eso suspira inquieta la hermosa niña, la infantil Blanquita de otros tiempos, *el ángel de los menesterosos*, porque abrigaba en su corazón una pena íntima, una de esas penas que borran la alegría y contristan el ánimo de un modo eterno y para siempre.

¿Quieres ahora, lector amable, que penetremos juntos en el modesto gabinete de Blanca? Pues sea.

Ya estamos en él; contéplale tapizado de raso color púrpura y sembrado de pequeños preciosísimos dibujos que representan alados amorecillos y doradas ninfas.

Las colgaduras y sillería son también de color purpúreo.

Elegantes cuadros cuelgan de las paredes, y algunos espejos sirven de complemento á tan modesta decoración; véanse además mil sencillos juguetes esparcidos por do quier, luciendo de un modo caprichoso, y una jaula pendiente del techo, que sirve de dorado albergue á pintado pajarillo que juega alegre y revoltoso.

Á través de los cortinajes del balcón que dá al jardín se distinguen dos ó tres macetas de flores que exhalan al viento oloroso y suave perfume, y entre las rejas se ven trepar con sin igual soltura y lijereza multitud de enredaderas, estrechamente enlazadas, para debilitar la intensidad del sol cuando penetra ardiente en el estío hasta el interior del gabinete.

La dueña de tan envidiable aposento yacía sentada en una mecedora de paja, y vestía una blanca y elegante bata de batista, con lazos rosa.

Ningun otro adorno cubría su cuerpo, excepción hecha de un collar de oro que rodeaba su cuello, regalo del infortunado Alejandro.

Viste de blanco por dar gusto á sus padres, que se morían de pena al verla siempre con traje negro y cada vez más angustiada. ¡Pero Blanca llevaba el luto en el corazón!



Por fin, y después de un momento de aparente calma, llamó á su doncella.

—Señorita—respondió una muchacha de diez y ocho á veinte años, fresca y hermosa como la misma primavera.

—Vísteme—añadió la señorita.

—¿Qué vestido desea?

—El negro; ya sabes, Pura mía, que no uso otro para la calle. Si me he quitado el luto en casa ha sido por complacer á mis queridos papás, que sufren conmigo la pena que me ahoga. Llama á Roque.

Roque era un joven de gallarda apostura y distinguidos modales.

—Que enganchen—dijo Blanca.

—¿Desea más la señorita?

—Nó; véte.

—Estoy á sus órdenes. Y el joven salió, haciendo una profunda reverencia.

## VI

Vicenta era una de las jijonencas más pobres y humildes del pueblo.

Casada con un labrador holgazán, tenía ya la infeliz tres niñas hermosísimas, contando la mayor de ellas quince años.

Tan honrada y buena era la madre, que se consideraba feliz en medio de su miseria. Todos la respetaban y compadecían á la vez. Ella correspondía á la distinción de que era objeto con frases cariñosas y tiernas, que revelaban además la santa resignación con que llevaba sus desgracias.

Un día que, por casualidad, se había puesto á la puerta de su humilde casita (como ella la llamaba) para distraer un poco la vista, mientras se ocupaba en hacer estera de esparto, como la mayor parte de las mujeres de Jijona, que aprenden desde niñas este oficio, oyó sorprendida el ruido de un carruaje, casi desconocido para ella, por no ser aquel lugar en donde abundan los coches, y comprendió al cabo que no podía ser otro que el de los marqueses de la Enramada.

No se engañó Vicenta. Aquel vehículo conducía, en efecto, á Blanquita, la misma que hemos visto no hace mucho en su gabinete vestida de blanco y ahora con traje de riguroso luto; pues han de saber mis lectores que la marquesa mandó enganchar el coche con el fin exclusivo de visitar á la labradora Vicenta la *Bollera*, como la llamaban en el pueblo, por haber vendido bollos su padre en no lejana fecha. En los pueblos, primero falta su luz al sol que á las gentes un mote ó apodo.

Vicenta abandonó el esparto en el suelo, para dirigirse á saludar á la señorita Blanca, á quien había reconocido; pero, ¡cuál no sería su sorpresa al ver que el coche se paró delante de su puerta y que la marquesita se apeó, extendiéndola después la mano para saludarla! Vicenta se quedó atónita y como estupefacta.

—¡Mi querida Vicenta! gritó Blanca sonriendo.

—Señorita, ¿Vd. por aquí?

—Sí; yo misma. ¿Acaso te habías imaginado que porque nunca me ha sido posible llegar hasta tu casa, ya no me acordaba del santo de tu nombre?

—¡Ah, nó, señorita!...; pero observo que mi pobre vivienda es tan miserable que.... la verdad.... me da vergüenza, y no sé.... Vicenta no acertaba á articular palabra. Era tanta su turbación, que ni siquiera se dió cuenta de que Blanca, con la lijereza de una ardilla, se había ya entrado en su casa.

—No te importe, replicó ésta. Á mi me gusta la franqueza en todo, y tú no debes venir ahora con remilgos de ninguna especie. Dáme una silla.

Aquí fueron los apuros de la atolondrada Vicenta. Pero no vaciló mucho, pues acordándose que en el corral tenía una banqueta de madera, dijo:

—Sí, señorita; voy á traerla una silla.

Y de allí á poco apareció con un banco muy limpio, y, colocando encima una almohada, se lo ofreció á Blanca.

—Quítale la almohada, que dá calor, dijo la marquesa, y vamos á lo que importa. He venido á tu casa para hablarte de un asunto muy sério, ¿oyes?

—Usted dirá, señorita. Ya sabe que tiene aquí una esclava.

(SE CONCLUIRÁ.)

Admiral Carrigas

## CUENTOS DE HADAS

### LA FUENTE DE PERLAS



HACE largo tiempo que la Reina de las Hadas determinó ir á ver cómo todas las que viven en los bosques, ríos y fuentes, se habían portado desde los últimos cien años, porque sólo una vez cada siglo podía S. M. hacer aquella visita de inspección.

Después de haber viajado por varios puntos, castigando á algunas Hadas que se habían conducido mal, y premiando á las que habían obrado bien, la Reina llegó á un viejo bosque que crecía en la misma cima de una montaña de rocas, donde los árboles eran tan grandes y la sombra tan espesa, que todo allí dentro parecía melancólico y sombrío.

Á la verdad, era un sitio tan triste, tan oscuro y tan frío, que los habitantes del país le tenían miedo, y jamás se acercaban á él.

Pero la Reina de las Hadas no se asustaba de nada, y, por otra parte, tenía un negocio particular en aquel bosque.

Élla iba á ver una Hada niña que sólo tenía tres días de edad, y que había nacido en la misma fuente del bosque.

La Reina la encontró sola al lado del misterioso manantial.

La fuente era bellísima: el agua, clara y límpida, iba saltando de roca en roca unas veces, precipitándose otras en las profundidades del terreno, ya corriendo mansa y serena ó ya ocultándose entre el musgo y la fina hierba.

Así es que la dueña de tan deliciosa mansión estaba loca de alegría.

Cuando la Reina se acercó, la sorprendió bailando y cantando en la sombra; porque ya sabéis que las Hadas pueden hablar, lo mismo que andar y correr, en cuanto nacen.

La Reina de las Hadas no tenía hijos propios, y era verdaderamente apasionada por los niños; siempre tomaba, al último que veía, por el más lindo.

Élla se preocupaba mucho de la Hada pequeñita, preciosa criatura que tenía cabellos de oro, ojos azules y rosadas mejillas, y á quien su madre, sabiendo que la Reina iba á visitarlas, la vistió con un traje de tisú de plata, adornado de verde y azul.

—Muy bien, querida—dijo graciosamente la Reina á la niña—¿sabes quién soy?

—¡Oh, sí!—contestó la Hada niña—vos sois su majestad.

—Eres una niña muy inteligente—prosiguió la Reina, llena de placer;—y tú, ¿quién eres?

—Soy el Hada pequeña de la fuente.

—Querida, no podías haberme respondido mejor. Y ahora; ¿qué regalo quieres de mí, amor mío?

—Perlas—contestó la niña.

—Pues perlas tendrás—contestó la Reina—y tantas como puedas desear. Tu fuente será toda de perlas, y podrás hacer con ellas lo que quieras; pero tén mucha cuenta con no perder ni una sola.

—Yo desearía—continuó la niña—que ninguna cosa gustase tanto como una de mis perlas.

—Bien—dijo la Reina;—si tú te propones guardar tus perlas para tí, es preciso que vivas aquí sola y nunca salgas del bosque.

—Yo quisiera además poder jugar con mis perlas, y si es del agrado de V. M., poder ser llamada *El Hada de la Fuente de las Perlas*.

La Reina le concedió también aquello, y se marchó.

El Hada de la fuente de las Perlas permaneció en el bosque, y vivió allí hasta que llegó á ser la más amable joven de toda la comarca. Élla tenía un estanque de mármol blanco, hecho para que el agua de su fuente cayese dentro, rodeado de flores silvestres y cuyos alrededores estaban cubiertos de verde musgo. El agua brotaba hacia arriba como un surtidor, desde el centro del estanque, y la mayor delicia del Hada consistía en colocarse en el mismo centro, envuelta en su vestido de tisú de plata, bordado de verde y azul, y arrojar el agua á lo alto hasta que llegase á tocar



el resplandor del sol. Cada gota de agua que ella arrojaba, se convertía al caer en una hermosa perla blanca.

Las había de todos tamaños, y el fondo del estanque se hallaba cubierto de ellas. Á la verdad, eran tantas, que el Hada se vió obligada á abrir una pequeña corriente todas las noches en el estanque, porque, de no hacerlo así, éste habría rebosado. Así, las perlas se deslizaban y rodaban por entre las rocas de la montaña, aunque nadie hacia caso de ellas, pues si álguien las veía, por casualidad, las tomaba por gotas de agua, y nada más. Aunque tenía tantas, la joven Hada nunca creyó que fuesen muchas, y su mayor empeño consistía en adornarse con ellas. Trenzó con ellas un largo y brillante cordón de oro y lo colocó en su cabello; hizo además un collar y brazaletes para sus muñecas, un cinturón y hasta su plateado traje estaba cubierto de perlas, y no había ninguna Hada que tuviese tantas. Éllas la contaba todos los días, como se lo había ordenado la Reina, y cuando se recostaba en el musgo por la noche, todavía seguía contándolas durante el sueño. Tan prendada y celosa estaba de sus perlas, que nunca abandonó la fuente, temerosa de que álguien se las robase.

Así pasó largo tiempo, hasta un día en que el Hada, viendo que nunca se acercaba nadie á la fuente, y deseando ir á ver á su hermana, que vivía fuera del bosque en una torre de cristal sobre una roca, y que era nada menos que *la Reina de la Cascada*, tomó sus mejores perlas y dejó la fuente por primera vez. Siendo un Hada, podía, aunque se fuese, cuidar de las perlas lo mismo que ántes.

Ahora bién; el Hada se alegró de ver á su hermana y se complació en subir hasta la misma cima de la torre de cristal, mirando desde allí el mundo inferior, que ella nunca había visto, cuando de repente exclamó:

— ¡Necesito irme; he perdido una perla; no es una, que son dos; se me han perdido tres perlas!

— Y áun así, ¿qué importan tres perlas? — dijo su hermana; — ¿no tienes todavía muchas?

Pero el Hada de la Fuente le replicó que no había ninguna desgracia igual á la pérdida de una perla, y se marchó con gran precipitación.

Élla perdió dos perlas más cuando atravesó el bosque, porque no era de aquellas Hadas que les basta el deseo para trasladarse de un punto á otro. Al llegar á la fuente, buscó por todas partes al ladrón; mas sólo vió un pequeño Reyezuelo colocado en el borde del estanque, cogiendo con su pico una gota de espuma cuando caía.

— ¡Ladroncillo! — gritó el Hada con rabia; — ¿has sido tú quien me ha robado mis perlas?

— Perdona Vd., señora — contestó el pajarito enteramente asustado al verla tan in-

comodada — sólo he bebido una gota de agua.

— ¡Una gota de agua! ¡Pero no sabes, desvergonzado pájaro, que una sola gota de agua que has bebido se hubiese convertido en una hermosa perla si hubiera caído dentro del estanque! Mira dentro, en el fondo, y observa; todas esas perlas han sido gotas de agua.

— Protesto, señora; yó no conozco nada de esas cosas, replicó el pequeño Reyezuelo, hablando con mucha humildad, porque nunca había visto tan gran señora como el Hada de la Fuente, con sus hermosos cabellos llenos de perlas. Yó vi agua, — continuó el pajarito — tenía sed y me atreví á beber. Yo espero que la buena Hada que posee tan hermosa fuente no se incomodará conmigo por haber cojido una gota de agua; y puedo asegurar á Vd., señora — añadió saludando cortesmente al Hada — que es el agua más dulce que hasta ahora he bebido, y espero, pues, que me perdone.

El Hada de la Fuente tenía un genio violento, pero no era dura de corazón; así, miró con benevolencia al Reyezuelo, y le dijo:

— Eres un sencillo pájaro y no creo que tienes obligación de distinguir las perlas del agua. Te perdono por esta vez, pero que jamás te vuelva á ocurrir lo propio.

— ¡Oh! no, señora, ¡nunca! contestó el Reyezuelo con toda formalidad. Y, ahora, señora, ¿puedo irme libremente al Palacio?

— ¿Irte al Palacio? — repitió el Hada — ¿Qué quieres decir con eso?

Todos, grandes y pequeños, tenemos nuestra historia, y la del Reyezuelo era ésta:

Había edificado su nido en el jardín del Palacio del Rey, y pasaba bién la vida, cuando el joven Príncipe le halló un día, lo cazó y lo hubiera muerto si su hermana no hubiese acudido á tiempo para salvarle la vida.

La Princesa hizo más, porque llevó al pobre Reyezuelo, que estaba temblando de miedo, á su propia habitación, colocándolo en una preciosa jaula, para que viviese allí fuera de peligro; pero como el Reyezuelo era apasionado por tomar el aire, le dejaba volar todos los días, conservando abierta siempre una ventana del cuarto para que pudiese entrar y salir sin inconveniente alguno.

Todo esto contó el Reyezuelo al Hada, mientras élla no le atendía, dejándole hablar, porque se había metido otra vez en la fuente, y estaba arrojando el agua hacia arriba y tratando de cojer las bellas perlas conforme iban cayendo.

Perdía muchas de éstas, porque unas rodaban por su cuello y hombros, otras se quedaban entre sus cabellos, y otras, en fin, se deslizaban á través de sus dedos y caían dentro del estanque.

— ¡Oh, señora, qué bella es Vd.! — no pudo menos de decir el Reyezuelo — y qué

gusto dá verla jugar con esas preciosas perlas.

— Tienes un alto grado de talento — dijo el Hada; — pero, vamos á otra cosa; ¿cómo te llamas?

— Jenny, señora — contestó el pájaro, saludando de nuevo; — la Princesa siempre me llama así — añadió.

— Nada importa la Princesa, — dijo el Hada, un poco ágriamente; — pero atiende á lo que digo. Pues bién, Jenny, quiero que tú y yó juguemos juntos con mis perlas. Yó las arrojaré, y tú las cojerás y las echarás dentro del estanque; y cuando nos cansemos, te dejaré una gota de agua para beber. Tú eres un pájaro muy pequeño, y una gota te bastará.

El Reyezuelo pensó que no había cosa mejor que jugar con el Hada, y empezó el juego. El Hada cojía las gotas de agua conforme descendían, y se las arrojaba al pájaro, quien las tomaba en su pico, una después de otra, y luego las tiraba dentro del estanque.

El Reyezuelo era un pájaro listo, y jugaba tan bién, que no perdió más que tres veces.

El Hada estaba alegrísima, y declaró que nunca se había divertido tanto. En una palabra; ellos jugaron hasta que se cansaron, y entonces dijo el Hada:

— Basta, Jenny, basta por hoy. Bebe tu gota de agua, y vete directamente al Palacio. Puedes venir mañana y jugarás otra vez conmigo; pero te prohibo digas nada á nadie de la Fuente de las Perlas.

(SE CONTINUARÁ)

E. B. y S.

## LOS TRES GUARDAPELOS

### DOLORA <sup>(1)</sup>

La madre de mi amor, que está en el cielo,  
Cuando era niño aún, como un tesoro  
Llevaba en un hermoso guardapelo  
Cabellos míos del color del oro.

Otra mujer, que con el alma toda  
Me quiere, tan leal como hechicera,  
Aún guarda desde el día de mi boda  
Un rizo de mi oscura cabellera.

¡Ay! ¡Como nadie, por horror al frío,  
Quiere hoy tocar de mi cabeza el hielo,  
Ya sólo para tí, cabello mío,  
Mi sepulcro será tu guardapelo!

Ramon de Campoamor

(1) Leída en el Ateneo en la noche del 13 de Mayo último, siendo muy aplaudida.

MADRID --1883  
IMPRESA DE P. NOZAS  
CALLE DE LAS HUERTAS, 59